

IDENTIDAD Y VALORES

IDENTIDAD

Francisco J. Alarcos Martínez

En un mundo complejo, y todo lo que hacemos los humanos no nos exime de complicarlo aún más, ser uno mismo es un asunto que requiere bastante imaginación, creatividad y equilibrio.

La identidad es un asunto que no se resuelve dejando que las cosas discurren sin más, ni se conquista en un acto de autoafirmación. Uno de los grandes retos a los que se enfrenta el ser humano es llegar a dar una respuesta a la pregunta sobre su propia individualidad, esto es, su identidad. Se trata de un largo camino en el las preguntas quién soy, quién me gustaría ser y/o quién debería ser pasan a convertirse en temas nucleares. Se trata de una tarea personal a la vez que social. Personal, porque atañe a la persona darse una respuesta que considere válida, y social, porque el ser humano es un ser social por naturaleza y no se construye a sí mismo en el aislamiento.

Así, en el diseño de la propia identidad, una pregunta fundamental pasa a ser qué mirada tiene el otro sobre uno mismo y cuál es la imagen (social) que se quiere ofrecer según el contexto.

Sin embargo, conviene ya señalar que cuando se habla de identidad no nos estamos refiriendo a una estructura monolítica y rígida; la pretendida "identidad" se asemeja, más bien, a un crisol de "identidades" subjetivas en las que se irán diferenciando unas más nucleares y otras más subsidiarias y secundarias. Además estas identidades se activan o entran en juego mediante jerarquías flexibles según los momentos históricos y las interrelaciones actuantes.

El modo como nos hacemos está en función del equilibrio logrado entre las experiencias que nos dan la razón y aquellas que nos la quitan, entre lo vivido y lo postulado como "razón para vivir". Generalmente solemos orientar nuestros sensores hacia la realidad exterior de manera que ésta confirme lo que ya sabíamos, queríamos o esperábamos de nosotros mismos a través de lo que hacemos. Probablemente sea imposible vivir careciendo de un espacio en el que seamos reconocidos sin ninguna problematización, aunque también es cierto lo contrario: que no es deseable vivir en una permanente corroboración sin crítica,

en un "entorno de abuelas". Nuestra cordura necesita la corroboración del "otro" como réplica, discrepancia, corrección o interpelación.

Y mientras vivimos estas dobles polaridades, interior-exterior, centramiento-descentramiento, somos capaces de flexionarnos para mirar quienes somos, conocernos. Pero la flexión ante uno mismo necesita, esta urgida, de un segundo momento: la reflexión. Es el momento donde lo conocido se manifiesta como parte de mi o como extrañamiento mío, es el instante del reconocimiento.

El conocerme, y el reconocerme, tiene que ver con tratar de encontrar una respuesta a las grandes cuestiones que han transitado la historia de la humanidad en su conjunto y la historia de cada individuo en particular: ¿qué soy?, ¿quién soy? Y ¿qué debo hacer? Las dos primeras preguntas iban tan de la mano, hasta el Renacimiento, que la respuesta a *quién soy* se respondía desde *lo que soy*, desde mi naturaleza. Esta respuesta, a la vez, abría la puerta y resolvía la tercera; debo hacer lo que soy. Estaba bastante claro que no había ruptura entre el ser (naturaleza) y los deberes (moral), y que entre esa doble polaridad se articulada la respuesta a la pregunta sobre la identidad.

En la "sociedad del riesgo" no resulta nada fácil responder a lo que tradicionalmente ya sabíamos sobre qué y quién somos. Aquella frase de Marx pronunciada en el siglo XIX, "todo lo sólido se desvanece en el aire", no puede sonar más actual en nuestros oídos del siglo XXI. Es en este contexto de incertidumbre, y no antes, donde surge no ya la necesidad, sino la exigencia de la identidad individual, del yo como proyecto, de cuya construcción y reconstrucción sigue siendo responsable cada individuo. Se podría afirmar que el hombre es el ser que quiere comprenderse y saber lo que es, aceptando retos. El mayor, sin duda, es responderse a la pregunta sobre sí mismo. De este modo, desde mediados del siglo pasado, se plantea urgente e inevitablemente la cuestión de la construcción personal, la cuestión antropológica del quién soy, antes que la ética qué debo hacer.

En este sentido hay que afirmar que Kant tenía razón.

Lo que a continuación vamos a tratar de realizar es un breve análisis de cómo hemos llegado a esta volatilidad identitaria, a esta "insoportable levedad del ser" que instala, sin anclajes, a los individuos en el "divertimiento permanente" para no sucumbir al "pecado del aburrimiento", tentación de los nuevos demonios post-religiosos, porque en nuestros días parece que se trata, cueste lo que cueste, de no aburrirse más que de construirse.

¿Qué soy?, o qué queda de la naturaleza humana

La cuestión no es baladí ni menor, mucho menos es una cuestión del pasado, pues sin poder responder a lo que soy resulta extraordinariamente difícil articular quien quiero ser y cómo debo conseguirlo.

Estamos en el mundo de la creación, en el que nosotros hacemos las reglas y establecemos los parámetros de la realidad. Creamos el mundo, sin atenernos a verdades universales. La naturaleza se presenta para muchos como “obra de arte” hasta abrir un futuro eugenésico, cuestión que también plantea Habermas..

En cualquier caso estamos abocados a repensar la naturaleza humana. Porque la vida, considerada tradicionalmente como don de Dios, y luego vista como proceso aleatorio guiado por la “mano invisible” de la selección natural, ahora es imaginada como un medio de nuevas “posibilidades”.

Pero, inmediatamente, casi a la vez, hay que afirmar que todo intento descriptivo es insuficiente, precario, pues la respuesta al “qué soy” no resuelve la pregunta “quién soy”. Los datos descriptivos aportados por la ciencia dejan al ser humano huérfano. Es paradójico que en el mismo momento de la historia en que hemos alcanzado un mayor y perfecto conocimiento del *sancta sanctorum* de la vida humana, con la secuenciación del genoma, más radicalizada aparece la cuestión del quién. Parece que ante una mayor explicación del qué, más indefensos y vulnerables nos encontramos para responder al quién.

Necesitamos nuevas herramientas hermenéuticas para, sobre los datos, explorar otras respuestas.

Cómo construir la identidad o del cómo responder a ¿quién soy?

Decir identidad de un individuo es situarse ante la pregunta *¿quién?* Es una cuestión previa a la del sentido (véase en esta obra la “palabra” *Sentido*) y, por eso, es imprescindible anticiparla y explorarla. La respuesta al *¿quién?* parece que no tiene muchas posibilidades de ser resuelta si no es de una manera narrativa, contando la vida. Lo que ocurre es que hay una cierta infravaloración del cuento y de la narración a nivel cotidiano. A base de decir “no me cuentes tu vida” nos vamos atrofiando, esterilizando, para contarnos o narrar cada uno, a sí mismo, la suya.

. No son precisamente los archivos de los acontecimientos pasados los que aportan un sentido, sino el relato de esos acontecimientos los que hacen emerger el argumento de una vida. Alasdair MacIntyre lo situara en clave de “unidad narrativa de una vida”. Desde su visión, en el proceso de la vida, el sujeto es

coautor de su propia historia, su vida sólo tendrá sentido en la medida en que ésta resulte inteligible y esto sólo es posible si él sabe con claridad cuál es su meta. Ahora bien, esta meta del hombre no sólo viene situada en relación a las prácticas, sino también con la vida buena, que es la vida dedicada a buscar la vida buena para el hombre, y las virtudes necesarias para la búsqueda son aquellas que nos capacitan para entender más y mejor en qué consiste ésta.

Las cuestiones morales, espirituales y la dignidad se encuentran entrelazadas siempre en un marco referencial, es decir, aquello en virtud de lo cual encontramos el sentido a nuestras vidas. Es aquí donde la identidad se integra, ya que ésta es nuestro marco, ella nos provee de aquello que percibimos como compromisos de validez universal e identificación particular, nos permite definir lo que es importante para nosotros y lo que no lo es.

La identidad y el bien se conectan porque la identidad siempre hace referencia a unos "yos", y la noción del "yo" conectada con la identidad, toma como rasgo esencial de la acción humana una cierta orientación al bien. La identidad incluye, pues, a la dignidad, las cuestiones morales y espirituales, y la referencia a la comunidad definidora. Por tanto, la concepción que de bien tenga una comunidad puede ser compartida por los "yos" insertos en ella, y nuestro sentido del bien y del "yo" están estrechamente entrelazados.

La relación sentido del bien-yo se une con la percepción que tenemos de nuestra vida en general y con la dirección que va tomando mientras la dirigimos, esto es, que tan lejos o cerca estamos del bien, cuestión que no es indiferente, ya que los bienes por los cuales se define nuestra orientación espiritual son los mismos por los que mediremos el valor (completo) de nuestras vidas.

De esta manera no sólo es importante, respecto a nuestra vida, dónde estamos (sentido del bien), sino también a dónde vamos. Para poder darle un sentido a nuestras vidas es necesario una comprensión narrativa de la misma, y un entendimiento del yo en sus cuestiones constitutivas, esto es, con las inquietudes que rozan la naturaleza del bien por el cual nos orientamos y respecto al cual nos situamos.

Por un lado, está lo que nos hace ser el "mismo" de siempre, con cambios, pero con semejanzas que permiten reconocernos a lo largo del tiempo.

Nuestra "mismidad" se funda, orgánicamente –como es el caso de todos los seres vivos– en el código genético. Y, en un sentido más humano, en el *carácter*. Este modo de ser básico, con sus rasgos iniciales y los que lo van afirmando a lo largo de los años es el que nos permite decir de cada uno "es el mismo" desde que nace hasta su vejez. Pero, por otro lado, está la identidad en tanto que "sí mismo",

la identidad por la cual se es “uno mismo”, es decir, se tiene conciencia refleja acerca de sí mismo y se afirma como tal.

La identidad concebida como lo mismo (*idem*) se sustituye por una identidad concebida como sí-mismo (*ipse*). Esta última dinámica que surge del relato. Es por eso por lo que el sujeto de la acción aparece como el lector y el escritor de su propia vida. El agente actúa en el mundo y en el seno de un contexto dado, pero, al mismo tiempo, el sentido de su acción sólo le es accesible a través de la lectura de su historia. Es posible ver aquí el aspecto circular, a la vez pasivo y activo, de esta comprensión: en el mismo acto que me comprendo a mí mismo a través de la narración, me construyo. De ese modo, la mediación narrativa, sin dispersarme en una sucesión incoherente de acontecimientos, permite, a su vez, que sea posible reescribir a lo largo de la vida diferentes tramas de mi existencia.

Surge así una *identidad narrativa* que busca proporcionar unidad al conjunto de la vida humana: “No hay acontecimiento –escribe Paul Ricoeur– más que para quien puede narrarlo, hacer memoria de él, crear archivo y relato” ..¿No resultan acaso más comprensibles las vidas humanas cuando se las interpreta en función de historias que la gente cuenta a propósito de las mismas?.

Esto es de una extraordinaria importancia, pues seguimos demasiado anclados en una visión solipsista y cartesiana de la identidad biográfica.

El yo de Descartes era un yo afirmado por sí mismo y a partir de sí mismo, que es suficiente para fundamentar y para asegurar, él sólo, su identidad. El sujeto accede inmediatamente a sí mismo, sin ninguna mediación, por su propio pensamiento: “Pienso, luego existo”. ¿Pero es esto correcto? Analicemos lo que supone, por ejemplo, mantener esta visión de la identidad en personas afectadas por Alzheimer u otras patologías que conllevan un gran deterioro cognitivo y funcional. La cuestión es si antes de poder decir “yo existo” o “yo pienso”, no se da previamente nuestra identidad en situación de lenguaje y de alteridad, cuando nosotros no estamos en condiciones para decirnos e identificarnos. Jean-Louis Chrétien lo muestra bien cuando afirma que “el elemento definidor de nuestra identidad consiste en que nos expone al otro”. ¿No se atestigua la identidad y no toma conciencia de sí misma en el encuentro y en la palabra del otro, y no en un yo pensante? ¿Es el “yo” verdaderamente esta mónada “sin puerta ni ventanas” de Leibniz? “Para no caer en contradicción consigo misma, como ya decía Kant, la conciencia humana en todos sus deberes tiene que reconocer a alguien distinto de ella misma como juez de sus acciones”.

La identidad como destilado de memoria y olvido

Para poder narrar *quién* somos, a nosotros y a otros, necesitamos recordar, actualizar, traer al presente el pasado. Gracias a la memoria y al recuerdo, nos identificamos como miembros de una determinada familia o linaje, de un determinado país o religión, de una determinada cultura o modo de entender la vida³¹. La memoria colectiva determina nuestra identidad social: sabemos quiénes somos en el mundo en el que vivimos gracias a ella. Esto –yo creo– no tiene dificultad en aceptarse, pero hay otra memoria más importante, aquella que es identificadora de nuestra biografía, aquella que registra los eventos experienciales significativos y los detalles vitales de nuestra existencia. Ricoeur distinguirá dentro de la memoria un componente cognitivo y otro pragmático.

El primero de ellos se encuentra vinculado con las cuestiones semánticas de la referencia y de la verdad, y como tal, responde a la pregunta *qué* se recuerda. El segundo, por su parte, se asocia con la habilidad de recordar o hacer memoria, y da cuenta de *cómo* se recuerda.

Esta última es caracterizada como el retorno a la conciencia de un evento que se reconoce como habiendo tomado lugar en él en algún momento. La misma puede tomar la forma de la evocación y el reconocimiento. La memorización, en cambio, hace referencia a las maneras de aprehender distintos saberes. Y aquí nos encontramos con una enorme paradoja. Sabemos más de nuestra identidad social, al estar dentro de una memoria colectiva, que de nuestra identidad biográfica al estar articulada de memoria experiencial y de olvido. Dicho con otras palabras, cada uno somos, en el punto de partida vital, puro olvido, pura narración de otros.

Yo sé quién soy, en mi olvido inicial, gracias a otros. Yo soy, constitutivamente, alguien narrado, construido identitativamente por otros en el inicio de mi existencia pues lo que de cada uno hay en el mismo origen de nuestra vida no es memoria sino olvido.

Nadie recuerda la experiencia del seno materno, ni de su parto, ni de sus primeros meses o años de vida. Nadie puede vivir, y si se vive así se enferma, recordando continuamente experiencias dolorosas, de odio o rencor, de tristeza o angustia. Quién carece de la capacidad para olvidar enloquece. Somos lo que recordamos y también lo que olvidamos. Y nunca lo uno sin lo otro. La identidad biográfica, para construirse, necesita del olvido. El olvido tiene sentido en el contexto biográfico, es más, para que la biografía se logre necesita del olvido.

En unas ocasiones se olvidará espontáneamente y en otras deliberadamente, en unas patológicamente y en otras éticamente. Mantener una rememoración actualizada de todo lo doloroso e insufrible que nos ha ocurrido en la vida es un sinsentido.

No nos conduce a ninguna parte, ni aporta ningún significado al presente. Quizá sea esta una de las razones por las que la memorización en la niñez y juventud sea imprescindible para crecer y madurar; y cuando hemos crecido y madurado, aprendido y conocido, necesitamos empezar a olvidar. No sólo eso, parece que el final de la vida, la ancianidad, es un destilado de olvidos en donde permanece sólo lo significativo y lo significativo para cada uno.

Esto es de una importancia extraordinaria por ejemplo para la toma de decisiones éticas en el final de la vida, pues en la mayoría de las ocasiones, ya no queda capacidad alguna para recordar lo más significativo del argumento o la propia trama vital. Sólo hay actualización de olvido. Ya no se reconoce a las personas que hemos querido, esposa o esposo, hijos o familiares, amigos y compañeros que estaban en el argumento existencial, en la trama o intriga vital.

A primera vista parece que se han vuelto insignificantes, irrelevantes, pues han pasado al lado oscuro, irreconocible e irrecuperable del escenario biográfico, han desaparecido de la memoria. Cuando el escenario biográfico estaba presidido por la memoria, cada uno de ellos ocupaba su puesto, tenía su valor, aportaba elementos de enorme trascendencia en el argumento personal. Es más, en la mayoría de las ocasiones, los mismos personajes del argumento de la ipseidad, del uno mismo, eran conscientes del papel y el puesto que desempeñaban, del valor y la importancia que aportaban a la realización de la trama del otro.

Cuando sólo hay olvido en una de las ipseidades, emerge una sensación de profundo vacío, de distancia, de ausencia con el que, en otro momento, era cómplice y compañero de aventura biográfica. El olvido del otro se convierte así en interpelación ética, en urgencia de recuerdo por mi parte. Podrá seguir siendo cuando ya es puro olvido, si le recuerdo quién ha sido, si le reconstruyo con mi narración su argumento y eso sólo es posible en la medida en que conozco la trama y la intriga de su vida.